

'Hechos a Imagen y Semejanza de Dios'



Por Arzobispo Alfred C. Hughes, S.T.D.

Carta Pastoral sobre la Armonía Racial

Hace cincuenta años el Arzobispo Joseph Rummel publicó una reconocida Carta Pastoral titulada, “La Moralidad de la Segregación Racial.” En este escrito pionero del 1956, el Arzobispo anunció que la segregación racial tenía que ser desmantelada gradualmente en todas las escuelas católicas de la Arquidiócesis de Nueva Orleáns. El Arzobispo escribió inequívocamente: “La segregación racial como tal es inmoralmemente injusta y pecaminosa, porque es la negación de la unidad y solidaridad de la raza humana como fue concebida por Dios en la creación de Adán y Eva.”

El Arzobispo Rummel, que había servido en un tiempo como párroco en una iglesia de Harlem, Nueva York antes

de ser nombrado obispo, se había estado preparando cuidadosamente para esta valerosa acción desde su arribo de Omaha a la ciudad de Nueva Orleáns en 1935. El ya se encontraba en el proceso de desegregar las organizaciones arquidiocesanas. Sus oponentes lanzaron una campaña agresiva y vocal de resistencia. “La Asociación de Laicos Católicos” escribió a Roma y pidió que se le exigiera al Arzobispo Rummel retractarse de sus enseñanzas y directrices. El documento titulado, “Salva Nuestra Nación,” expresó la alegación insostenible que la Biblia apoyaba la segregación racial. El “Consejo de Ciudadanos de Luisiana” advirtió que la integración causaría la destrucción de la civilización blanca en el sur. El “Consejo de Ciudadanos de Nueva Orleáns” imploró a los Católicos que no

dieran dinero en las colectas dominicales de la iglesia y tacharon al Arzobispo Rummel y sus acciones como una “conspiración Comunista por la Iglesia”. La Legislatura del Estado amenazó con retirar el estado de exención contributiva de las escuelas católicas. Aunque el Arzobispo Rummel tuvo que ir más despacio en la implementación de su plan cuando los oficiales públicos le indicaron que no le podían proveer protección pública en las escuelas, él se mantuvo firme en su decisión.

Cincuenta años más tarde elogiamos a este valiente pionero de la integración racial, aún cuando tratamos de hacer un estudio realista del progreso y de los retos que todavía son nuestros hoy en día.

La Iglesia Católica continúa dándole la bienvenida en sus escuelas a estudiantes de todas las razas y culturas. Durante este año académico, tenemos una inscripción de casi 41,000 niños. Más de 7,000 son Afro-Americanos. Casi 1,500 son Hispánicos. Un poco más de 1,000 son Asiáticos. Doscientos son de otras diferentes razas. Estamos ofreciendo educación a casi 1,500 estudiantes de nuestras escuelas públicas. Muchos de los graduados de nuestras escuelas Católicas han sido los primeros miembros de sus familias en asistir a instituciones educacionales superiores, en tomar cursos profesionales y de negocios y han logrado romper el ciclo de pobreza que oprimía a sus familias.

Ahora estamos en una nueva situación en este tiempo después de Katrina en Nueva Orleans. El sufrimiento doloroso que nos ha afectado junto con las inundaciones devastadoras nos han confrontado con los problemas que no han sido resueltos y que pesan fuertemente sobre nosotros: el inaceptable alto porcentaje de pobreza entre los Afro-Americanos, las opciones limitadas en la educación debido a las deficiencias de las escuelas públicas, el porcentaje desproporcionado de personas sin seguro médico, y la dificultad de encontrar viviendas adecuadas y de bajo costo.

Cuando Katrina azotó nuestra ciudad, yo estaba terminando una carta pastoral sobre la armonía racial. Esta carta se debió haber publicado en septiembre del 2005. El huracán Katrina cambió los planes de la publicación de esa carta, pero no ha cambiado la importancia del tema. Es aún más importante ahora continuar

con la publicación de este mensaje, con la esperanza de que bregando con la verdad sobre la raza, desde una perspectiva de fe, pueda llegar a contribuir en la manera que convivimos en la Nueva Orleans que se ha levantado hoy.

No necesitábamos los días caóticos que siguieron al huracán Katrina para darnos cuenta de que la bondad heroica y la degradación humana pueden vivir par a par en nuestra ciudad. Yo ya había escuchado estas historias en los grupos de foco de feligreses de diferentes razas y culturas cuando se reunían a compartir conmigo sus experiencias. Sus narraciones me ayudaron a comprender cuánto hemos avanzado y cuánto más aún tenemos que recorrer.

En la tradición Judío-Cristiana el agua es una realidad ambigua. En la creación, el libro de Génesis presenta a Dios domando las aguas caóticas en servicio a la vida futura. En el tiempo de Noé, las aguas de la inundación fueron muy destructivas, pero ofrecieron nueva vida a ocho seres humanos, los animales de la tierra y sus descendientes. En el Mar Rojo el agua ahogó al ejército Egipcio, pero permitió la liberación a los hijos de Abrahán. Cristo escogió el agua para simbolizar y representar ambas, la muerte al pecado y la nueva vida, en el sacramento del bautismo. ¡Qué tremenda gracia sería si las aguas de Katrina (que significa limpieza) no solamente sirvieran para causar devastación, sino también para limpiar la mancha del prejuicio y la división racial, y ayudarnos a mirar hacia una nueva vida de justicia y armonía racial!

Mi Propia Historia

Cada uno de nosotros en la Iglesia tiene una historia única que contar. Como la mayoría de ustedes saben, yo vengo de Boston, Massachusetts. La comunidad en la cual vivía era totalmente blanca, por consiguiente no tuve que relacionarme con aquellos de otras razas en mi vecindario, iglesia o escuela. No fue sino hasta que ingresé al seminario, que experimenté la amistad de compañeros estudiantes Afro-Americanos y Asiáticos Americanos.

Yo ya había sido ordenado sacerdote cuando la decisión de la Corte Federal en 1973 requirió que se efectuara la

desegregación de las escuelas públicas de Boston y la transportación de estudiantes en autobuses para lograrla. Todavía recuerdo haber tomado parte en una marcha pública en protesta del Comité Escolar de Boston que estaba tratando de bloquear la integración de las escuelas. Muchos sacerdotes parroquiales acompañaron a estudiantes negros en autobuses para escoltarlos a los vecindarios blancos. Pero como en tantas ciudades en los Estados Unidos, la resistencia en ese tiempo tomó la forma de un éxodo de los blancos de la ciudad. Como miembro de la facultad del seminario, fui parte del desarrollo de una política que proveía una campaña de educación y programas de participación en el verano para las áreas más pobres de la ciudad similar al Programa de Nueva Orleans llamado "Testigos de Verano."

En Boston empecé a servir a gente proveniente de muchas diferentes culturas, incluyendo a los Hispanos y a los Vietnamitas. Pero no fue hasta que vine a vivir a la parte sur de Luisiana,

cuando realmente llegué a conocer a los Afro-Americanos de una manera personal. Tomé conciencia entonces del número de iglesias parroquiales segregadas. Me preguntaba si el continuar con esta separación en las parroquias afectaba realmente la integración racial, hasta que descubrí cuán importante era esto para el desarrollo de la identidad Católica negra, de la comunidad, del liderazgo, de la liturgia y espiritualidad. Pronto llegué a la conclusión de que era importante asegurar ambas cosas: que nuestras parroquias territoriales se mantuvieran abiertas a todos, y que aquellos que preferían permanecer

en parroquias históricamente negras se les diera la oportunidad de hacerlo.

Ahora la experiencia de Katrina ha reforzado en mí la necesidad de hablar responsablemente de muchos temas raciales aún latentes en nuestra comunidad. El problema de la vivienda, las barreras económicas, los fracasos de la educación pública, el sistema de salud de dos niveles en Nueva Orleans, las limitaciones del liderazgo civil y eclesástico, son temas que nos han impactados a todos, pero a los pobres de una manera desproporcionada.



Para los Afro-Americanos parece ser más difícil el regreso. La clase media Afro-Americana se pregunta, ¿cuál será el futuro de la parte este de la ciudad de Nueva Orleans? Los Latinos que han inmigrado al área de Nueva Orleans en busca de trabajos en las labores de recuperación y reconstrucción frecuentemente experimentan prejuicios y tratos injustos. Aunque la comunidad Vietnamita se encontró fuera de las estructuras cívicas que tomaban las decisiones, ha manifestado una determinación

comunitaria increíble de no sólo reconstruir pero también de proteger el vecindario de tóxicos perjudiciales provenientes del desecho de escombros y así crear una nueva y mejor comunidad. La gente de St. Bernard y el área baja de Plaquemines a veces sienten que toda la atención está en la Ciudad de Nueva Orleans y que sus peticiones están siendo ignoradas. En cada una de estas áreas, la Iglesia es retada a contribuir al bien común.

Una controversia reciente refleja como estas persistentes corrientes raciales de trasfondo pueden impactar los problemas

humanos. El pasado 15 de marzo promulgamos nuestro Plan Pastoral Arquidiocesano para los siete decanatos más devastados por las inundaciones. Este plan llamaba a posponer la reapertura de veinticuatro parroquias y escuelas, así como el cierre de seis parroquias. El anuncio del cierre de estas parroquias estaba basado en las recomendaciones incluidas en el reporte pastoral desarrollado en la década de los años 90, La Vida Católica 2000. Esas recomendaciones estaban basadas en las deficiencias pastorales que se pensaban podrían remediarse integrando dos parroquias para ofrecer mejor cuidado pastoral.

La Parroquia de San Agustín fue una de estas parroquias con pocos feligreses inscritos, educación religiosa y preparación sacramental inadecuadas, servicios pastorales limitados, y serios problemas financieros. Pronto la resistencia a esta decisión se manifestó con protestas dentro de la iglesia, dándole una connotación racial debido a decisiones previas de la Iglesia experimentadas como injustamente discriminatorias. Se hizo muy necesario buscar una solución que pudiera no sólo tratar las deficiencias pastorales, pero que les diera a los feligreses una oportunidad de confrontar estas limitaciones de manera responsable y satisfactoria. Es mi esperanza que el aplazamiento de esta decisión permita que esto se pueda lograr. Este incidente me hizo realizar que las heridas raciales del pasado no han sanado todavía.

Definiendo el Racismo

“Hagan todo esfuerzo para preservar la unidad que tiene al Espíritu como su origen y a la paz como su fuerza de unión.” (Ef. 4:3)

Yo siempre me he sentido incómodo usando el término “racismo.” Tiene un significado muy emotivo para mucha gente. La Iglesia, sin embargo, no duda en definir el racismo como un pecado personal y como un desorden social enraizado en la creencia que una raza es superior a la otra. Por consiguiente, esto conlleva no solo prejuicio individual, pero también el uso de los poderes religiosos, sociales, políticos, económicos o históricos para mantener una raza privilegiada. Las enseñanzas del Concilio Vaticano Segundo han sido también manifestadas en el Catecismo de

la Iglesia Católica, el cual claramente dice que “toda forma de discriminación social, racial o cultural en contra de los derechos fundamentales de la persona basados en sexo, raza, color, condición social, idioma o religión deben ser frenados y erradicados como incompatibles con el designio de Dios.”¹

Tenemos que reconocer que el racismo puede ser tanto personal como institucional. Es personal cuando se expresa en actitudes o convicciones, ya sea de palabra o comportamiento, que llevan a difamaciones raciales o a la depreciación del valor y de los dones de aquéllos que son de otras razas (cfr. Stgo. 3:1-12). Puede existir dentro de una misma raza cuando las tonalidades del color de la piel llevan a una discriminación injusta.

El racismo es institucional cuando las organizaciones en las cuales se vive promueven actitudes o prácticas que llevan a una discriminación injusta (cfr. 1 Cor. 12:12-26). El racismo institucional existe también en nuestra sociedad más extensa dentro de la vida económica y política, nuestros sistemas educativos y en nuestros patrones de vivienda o de vida.

Puede hacerse evidente en la dificultad experimentada por una raza en busca de igualdad de oportunidades económicas, lo que lleva a brechas significativas en el ingreso y la riqueza. Puede manifestarse en las dificultades que algunos experimentan al mudarse a ciertos vecindarios urbanos o suburbanos, o al tratar de registrarse en ciertos clubes u organizaciones. Aquellos que violan la ley frecuentemente experimentan desigualdades significativas en las sentencias relacionadas con la raza, especialmente cuando se trata de la imposición de la pena de muerte.

El racismo institucional también se experimenta en la Iglesia. Mientras que la Iglesia como Cuerpo de Cristo es santa en su Cabeza Divina, la Iglesia en sus miembros puede pecar y de hecho peca (cfr. 1 Jn 1:8). Cuando miembros de la Iglesia, ya sea en posiciones de liderazgo o no, tratan a otras razas o expresiones culturales como inferiores o no aceptables, ellos contribuyen a una forma institucional de racismo dentro de la Iglesia – por el cual debemos continuamente arrepentirnos y pedir perdón (cfr. 1 Jn 1:9-10).

La Enseñanza de la Iglesia

“¡La gracia de Nuestro Señor Jesucristo, y el amor de Dios, y la comunión del Espíritu Santo esté con todos!” (2 Cor 13:13)

Como Cristianos, tenemos que recordar que el misterio fundamental de nuestra fe que Dios nos ha revelado es su propia vida trinitaria. Hay un solo Dios pero tres Personas. Cada Persona Divina es distinta y tiene una relación distinta con cada una de las otras Personas Divinas. Aun así, las Personas Divinas son una en naturaleza y dignidad. Padre, Hijo y Espíritu Santo unidos en una comunión de amor divino, actúan en unidad el uno con el otro. Esta comunión de las Personas Divinas con sus distintas identidades personales y sus relaciones, iguales en naturaleza y dignidad, forman el fundamento del plan que Dios tenía en mente al crear a los seres humanos.

Dios en su plan original creó al hombre y la mujer, distintos en personas y en relaciones, pero de la misma naturaleza y dignidad. Nuestros padres originales debían fundar una raza humana que pudiera vivir en armonía en respuesta al deseo de amor del Padre y su voluntad para ellos (Gn 1:28-30).

Pero algo malo sin lugar a dudas sucedió al principio. El rechazo de nuestros primeros padres a responder a lo que Dios les estaba pidiendo sumió a toda la raza humana a resistir el plan amoroso de Dios (Gn 3:1-24). Este pecado original causó un estado de alienación de Dios de parte de los pueblos, las lenguas y las culturas como también de unos a otros (Gn 11:1-9). Todas las generaciones subsecuentes nacieron en este estado. El pecado original por tanto ha sumergido nuestras mentes en la oscuridad, debilitado nuestras voluntades y dividido nuestros corazones.

En respuesta a esta trágica situación, el Hijo de Dios aceptó la misión del Padre de convertirse en hombre, vivir entre nosotros, sufrir, morir y resucitar (cfr. Jn 1:1-18). Al realizar esto nos liberó de la culpa del pecado original, pero no eliminó todos los efectos del pecado original. Es ahora nuestra responsabilidad aceptar la gracia de la redención, y en cooperación con Dios, revocar el poder del impacto continuo del pecado (cfr. Rm 8:1-13).

En Cristo Jesús, el Padre nos ha acogido de nuevo y nos ha adoptado como hijos e hijas, hermanos y hermanas del Señor y los unos de los otros. La redención ha restaurado la dignidad original dada en la creación de Dios y la ha elevado sin medida. El don redentor del Espíritu Santo, por consiguiente, nos urge a amarnos los unos a los otros como Cristo nos ha amado.

Como miembros de su Iglesia, proclamamos ser discípulos de Jesucristo. Por la gracia sacramental podemos “ejercer la misión que Dios ha encomendado a la Iglesia a cumplir en el mundo.”² Consecuentemente, tenemos que participar del plan de Dios para que la Iglesia pueda experimentar el sacramento universal de salvación. Como Iglesia Eucarística, somos llamados a reflejar en nuestras vidas el amor redentor universal aceptando su llamado urgente a la comunión con Él y los unos con los otros en Él.³ La Eucaristía nos reta a vivir lo que proclamamos (cfr. 1 Jn 3:1-24).

La enseñanza más significativa del cuerpo de la Iglesia sobre la justicia racial se ha basado en las enseñanzas del Concilio Vaticano Segundo. En 1979, los Obispos Católicos de los Estados Unidos, gracias al liderazgo del Obispo Joseph Francis,⁴ publicaron una carta pastoral titulada “Hermanos y Hermanas para Nosotros”. Los obispos dijeron en esa carta: “El racismo es el pecado que dice que algunos seres humanos son inherentemente superiores y otros esencialmente inferiores debido a su raza.”⁵ En 1988, la Santa Sede publicó el documento, *La Iglesia y el Racismo*, en el cual se reiteró la declaración de la Convención de las Naciones Unidas de 1965 que decía: “Cualquier doctrina de superioridad basada en las diferencias entre las razas es científicamente falsa, moralmente condenada, y socialmente injusta y peligrosa.”⁶ Ambos el Catecismo de la Iglesia Católica y *El Compendio de la Doctrina Social de la Iglesia* presentan las mismas enseñanzas.⁷ Los obispos Católicos de Luisiana, en 1997 declararon: “El racismo es la teoría o práctica que asume que una raza o una procedencia étnica es superior a la otra. Esta niega la igualdad en dignidad de todos los miembros de la familia humana.”⁸ A pesar de todas estas enseñanzas, todavía quedan retos significativos que debemos confrontar hoy en día.

‘El Pecado Original Social’ de Nuestra Nación

Los fundadores de nuestra nación no pudieron llegar a un acuerdo con relación al problema de la esclavitud. Por consiguiente, la Constitución falló al no confrontarla en lo que muchos han llamado el “pecado original del racismo” de América. La esclavitud se convirtió en el punto principal del debate político en 1818, cuando el estado de Missouri aplicó para ser admitido en la Unión Norteamericana. El debate se mantuvo vivo por los próximos cuarenta años. La elección de Abraham Lincoln como presidente marcó un punto decisivo. Desafortunadamente, las tensiones eventualmente se volcaron en una guerra violenta que casi dividió nuestra nación permanentemente. En enero de 1863,⁹ el Presidente Lincoln promulgó la Proclamación de Emancipación que liberaba a los esclavos en las áreas que todavía estaban bajo el control de la Confederación. En 1864, el Congreso pasó la enmienda número trece de la Constitución que legalmente abolía la esclavitud. La enmienda fue ratificada el año siguiente. La victoria del Norte en la Guerra Civil preservó la nación, pero no resolvió los dolorosos problemas que eran aún necesarios para comprender lo que garantizaban la Proclamación de la Emancipación y la enmienda número trece de la Constitución.

Aunque la libertad se había ganado en principio, se implantó un nuevo fenómeno de segregación racial institucional. Este fenómeno fue establecido por ley en el sur del país. Afectaba la vivienda, la educación y los patrones económicos en todo el país. No fue hasta en los 1960, que el

movimiento de los derechos civiles ganó momentum. El Doctor Martin Luther King, Jr. proporcionó el liderazgo heroico (al unísono con otros ciudadanos valientes de todas las razas) que condujo al desarrollo de legislación y de decisiones judiciales que finalmente aseguraban los derechos “legales” de aquéllos que habían sido privados de ellos por el color de su piel.

Continuación de la Desarmonía

*“Lo que ocurre es que no hago el bien que quiero hacer, pero el mal que no quiero.”
(Rm 7:19)*

Desafortunadamente, hoy como en el pasado, nosotros en la Iglesia hemos sido lentos en apreciar la profundidad y la anchura del significado de la Revelación Divina que cada ser humano fue creado a imagen y semejanza de Dios. Cristo, a través de su cruz, nos ha dado la gracia de vivir una nueva vida en Él. Diferencias

raciales y culturales ya no pueden ser causas de división (Gal 3:26-28).

En el documento “Hermanos y Hermanas para Nosotros,” los obispos trataron de llamar la atención a la relación entre justicia racial y la justicia económica. Esta

descripción parece ser particularmente apta para hoy en día: “En una era caracterizada por recursos limitados, mercados limitados de trabajo y una disminución en las ganancias, los pobres y las minorías raciales usualmente cargan el peso de estas presiones económicas ... Expresiones crudas y sin piedad de estos sentimientos raciales ... son manifestados en la tendencia de categorizar y marginar segmentos completos de la población cuya presencia es percibida como una amenaza. Esto



también es manifestado en la indiferencia que reemplaza al odio abierto. La minoría pobre es vista como un residuo de la sociedad postindustrial—sin aptitudes, sin motivación, sin incentivo. Estas personas se convierten en prescindibles.”¹⁰

La respuesta de la Iglesia a esta situación injusta no ha sido consistente y muchas veces ha sido mediocre. Primeramente la enseñanza oficial no es ampliamente conocida. Segundo, muchos líderes de la Iglesia y muchos de los fieles no le han dado prioridad.¹¹ Además, mientras las comunidades cambiaban de esta segregación histórica dentro de las parroquias territoriales, el éxodo blanco ha creado una segregación en muchos otros lugares. Los retos persistentes en relación a la vida comunitaria, a la educación pública, a la economía, a las drogas y la violencia han sido denominados como “un problema de otros y no el nuestro.” Ambos, miembros de la Iglesia y la comunidad en general, han fallado muy frecuentemente en ayudar al hombre que va de Jerusalén a Jericó y que fue víctima de ladrones (Lc 10:30).

Mientras continuamos trabajando por la justicia racial hoy en día, es importante entender lo que se reconoce como “privilegio blanco.” Aquellos que tienen el color de la piel más claro tienen ciertas ventajas, privilegios y beneficios que las personas con color de piel más oscuro no gozan. (En Luisiana, 36% de las familias Afro-americanas viven en la pobreza, comparadas con el 11% de los blancos.) La gente de color tiene ciertas desventajas sistémicas, cargas y estigmas que tienen que superar. Desde una perspectiva blanca, todo parece normal porque la gente blanca frecuentemente no ve las ventajas que son simplemente inherentes por haber nacido dentro de una sociedad con características físicas que son valoradas por esta sociedad. Dicho privilegio se muestra, por consiguiente, en las eventos diarios actuales. En las tiendas y restaurantes, trato preferencial es dado muchas veces a algunos, mientras a otros se les hace esperar o se les niega el mismo tipo de servicio.

Como miembros de una raza privilegiada, quizás no hemos abrazado del todo la convicción de que nuestra raza es mejor que las otras razas, pero nosotros probablemente hemos aceptado sin críticas los privilegios adheridos a

nuestra raza sin importar como esto impacta la vida de otros. Cualquiera que ha aceptado privilegios sociales a expensas de la gente de otras razas es cómplice en fomentar actitudes y comportamientos que desafortunadamente pueden alimentar la desarmonía racial.

Nuestra Herencia Arquidiocesana

“Bendito sea Dios Padre de nuestro Señor Jesucristo que nos ha dado en Cristo toda clase de bendición espiritual en los cielos.” (Ef. 1:3)

Mientras consideramos como podemos fomentar una armonía racial en la Arquidiócesis para el futuro, ¿será posible sacar algunas lecciones positivas de nuestro pasado? Nueva Orleans ha sido una comunidad multi-racial y multicultural por casi tres siglos. Gentes de diversas tierras han enriquecido la vida y la historia de la ciudad y el área circundante. En 1727, las Hermanas Ursulinas le dieron la bienvenida en su escuela a niños de diferentes razas y religiones. Los archivos de nuestra Catedral muestran que en 1803, habían feligreses provenientes de Francia, España, Inglaterra, Escocia, Irlanda, Las Islas Canarias, Cuba, Alemania, Italia, Suiza, Bélgica, Grecia, Sardinia, Dinamarca, Bohemia, Santo Domingo, México, Canadá, Martinica, Majorca, Marruecos, Puerto Rico y Cartagena de las Indias. En 1800, el sesenta y nueve por ciento de los niños bautizados eran de descendencia Africana. Sus padres llegaron de Bárbara, Chamba, Congo, Gambia, Fon, Guinea, Ibo, Mandingo, Mina y de las naciones del Senegal.¹² La parroquia eclesiástica nunca estuvo libre de tensiones culturales. Sin embargo, una realidad más profunda aún unía a la gente en su fe Católica.

El Testimonio de Henriette Delille

Henriette Delille, una mujer libre de color nacida en 1813, creció en una familia de Nueva Orleans. Su madre, hermana, abuela, bisabuela y tatarabuela fueron una parte integral de la sociedad donde algunas mujeres de descendencia Africana, esclavas y

libres, estaban destinadas a tener relaciones con hombres. Algunas de estas relaciones eran breves; otras duraban más.

A la edad de veintidós años, Henriette experimentó una profunda conversión. Ella sintió que Dios la llamaba a hacer un regalo de sí misma para educar a los esclavos que eran privados de la oportunidad de una educación por virtud de la ley de ese tiempo. Ella reunió a su alrededor mujeres libres de color con el mismo sentir que ella para establecer una escuela, primero en Faubourg Tremé, y después en el lugar donde esta hoy en día el Hotel Bourbon Orleáns. Después formó una comunidad religiosa que ultimadamente se llamó Las Hermanas de la Sagrada Familia, y que todavía nos bendicen con su presencia dentro y fuera de la Arquidiócesis. Ella simplemente quería asegurarse de que todos los niños fuesen incluidos en la familia de Dios. Ella murió en Noviembre de 1862, dos meses antes de la promulgación de la Proclamación de Emancipación. Ella nunca vio a los niños esclavos que ella educó llegar a ser legalmente libres. Ella fue una Católica para quien la fe personal y su preocupación social convergieron en una manera verdaderamente impresionante.¹³ El 10 de noviembre del 2006, la Congregación para la Causa de los Santos sacó un decreto jurídico de la validez de la investigación de la vida, virtudes y reputación de santidad de la Madre Henriette Delille.

Algunos Héroes de Nueva Orleáns en el Siglo XX

Nueva Orleáns también ha conocido algunos héroes especiales en el siglo veinte. Un zapatero de treinta años de edad y miembro de la Parroquia de San Agustín, llamado Homer Plessy, rehusó dejar su asiento en un tren de Nueva Orleáns en 1892 y empezó una batalla en corte que llegó hasta la Corte Suprema de los Estados Unidos. La Corte falló en contra de Plessy. En 1954, la Corte revocó su veredicto con el caso Brown versus el Consejo de Educación, en contra de la legitimidad constitucional de la segregación racial en las escuelas sancionadas por ley. En 1953, tres años antes de su Carta Pastoral “La Moralidad de la Segregación Racial,”

el Arzobispo Joseph Rummel escribió “Bienaventurados los que Procuran la Paz,” comprometiéndose a la desegregación de todas las actividades parroquiales y organizaciones Arquidiocesanas. El permaneció firme a su cometido y lo extendió a las Escuelas Católicas en 1956, a pesar de una fuerte oposición de parte de un significativo número de miembros laicos de la comunidad y aún de algunos sacerdotes. Durante el movimiento por los derechos civiles del siglo XX, el Reverendo Avery Alexander aceptó ser arrestado e inclusive ser maltratado en un esfuerzo por integrar las facilidades de la cafetería en la Alcaldía de la Ciudad. El también ejerció un fuerte liderazgo en la organización de los trabajadores con bajos salarios en los hoteles.

Al abogado A. P. Tureaud se le podría llamar apropiadamente el abogado decano de los derechos civiles de los Negros de Nueva Orleáns: Residente del “Seventh Ward,” amigo de la escuela superior de San Agustín, Presidente de la rama del NAACP en Nueva Orleáns, Gran Caballero de San Pedro Claver, y defensor exitoso de los casos de los derechos civiles en todo el estado de Luisiana.

El Congresista Hale Boggs y, después de su muerte, la Congresista Lindy Boggs, rompieron con los rangos de la delegación congregacional del Sur para promover y votar en favor de una legislación de derechos civiles. El Alcalde Moon Landrieu se convirtió en el primer alcalde de Nueva Orleáns en apoyar las iniciativas de los derechos civiles y la integración de la Alcaldía, en un tiempo turbulento de nuestra historia. La orden de los Josefinos, los Misioneros de la Divina Palabra, las Hermanas del Santísimo Sacramento, los Padres del Espíritu Santo y las Hermanas de la Sagrada Familia fueron pioneros en los esfuerzos de dar servicio pastoral y educar a todos aquellos que habían sido víctimas de la segregación racial.

Dora Zúñiga y Elise Cerniglia han trabajado por más de treinta años ayudando a los inmigrantes y refugiados, buscándoles vivienda, empleos y educación. Oretha Castle Haley abrió su casa a ambos, negros y blancos. Ella promovió el diálogo y entrenamiento en su esfuerzo por promover el entendimiento y la integración. Monseñor (ahora Obispo) Dominic Luong vino para apoyar a sus hermanos

Vietnamitas quienes eran pescadores. El defendió sus derechos de pescar en aguas abiertas, aún enfrentando una considerable oposición de la comunidad. Jack Nelson, un prominente abogado blanco fue un campeón por las causas de los derechos civiles, presentando numerosas demandas contra aquellos que retaban las leyes y que perpetuaban la segregación racial.

Después del huracán Katrina, el Dr. Norman Francis ha ejercitado liderazgo en los esfuerzos de reconstrucción al presidir La Autoridad de Recuperación de Louisiana y la presidencia de la Universidad de Xavier. El Padre Vien Nguyen ha inspirado la recuperación de la comunidad Vietnamita. El Padre José I. Lavastida se unió a otros sacerdotes ofreciendo un heroico cuidado pastoral a los enfermos en el Aeropuerto de Louis Armstrong en los momentos más críticos de la evacuación. El Padre Danilo Digal y la Srta. Doris Voitieri han sido pioneros en la recuperación de las escuelas públicas y parroquiales para todos los ciudadanos en la Parroquia de St. Bernard. El Padre Gerard Stapleton ha inspirado a la comunidad del Sur de Plaquemines a reorganizarse derrumbando las divisiones raciales en la Iglesia de San Patricio en Port Sulfur. ¡Gracias sean dadas a Dios por estos y por otros tantos héroes que se encuentran entre nosotros!

La Respuesta de Justicia Social por la Arquidiócesis

Nuestras escuelas se abrieron para todos, ya fuera que hubiesen estado previamente en escuelas Católicas o no.

Nuestra Iglesia local tiene una rica tradición de brindar ayuda social a las minorías y a los pobres. Ambas comunidades, religiosas y arquidiócesanas, han establecido escuelas Católicas que han proveído la educación, que ha sido muy importante para romper el ciclo de pobreza. Santa Katharine Drexel personalmente se responsabilizó en el establecimiento de cuarenta escuelas para Afro-Americanos en el sur de Luisiana, incluyendo la Universidad de Xavier. El Arzobispo Hannan empezó el Apostolado Social y el Apostolado Hispano para tratar de combatir algunas maneras sistemáticas en las cuales la pobreza atrapa a los más necesitados, especialmente los Africanos y Latino Americanos. El apoyó un número de esfuerzos en cuanto a los derechos civiles en la comunidad local. Les dio la bienvenida en la Arquidiócesis a los refugiados de Vietnam después de la caída de Saigón. Durante el periodo del Arzobispo Hannan, el Obispo Perry se convirtió en el primer obispo auxiliar Afro-Americano en el sur. El Obispo Carmon ahora desempeña esta función y sirve a la gente de todas las razas de una manera ejemplar. Caridades Católicas consistentemente ha extendido la mano ofreciendo programas de caridad y de ayuda personal a gente de todos los grupos raciales y étnicos.

La Campaña Católica para el Desarrollo Humano ha asistido a las comunidades de bajos recursos para que aprendan a combatir el crimen, las drogas y los



problemas de empleo. Christopher Homes ha derrumbado las líneas raciales ofreciendo vivienda digna a los ancianos que tienen necesidad. El liderazgo Católico y civil de los Negros está compuesto mayormente de graduados de nuestras escuelas Católicas. El Arzobispo Schulte insistió que las escuelas Católicas del centro de la ciudad permanecieran abiertas y les dieran la oportunidad de una educación académica y religiosa de calidad a los niños que de otra manera estarían atrapados en las escuelas que están fracasando. El Obispo Morin vino originalmente a Nueva Orleans para participar en el programa “Testigos de Verano,” y ha continuado promoviendo la cooperación racial en ambas, la Iglesia y la comunidad en general.

Después de Katrina, el Padre William Maestri, de la oficina de las Escuelas Arquidiocesanas, y los administradores y maestros de las escuelas Católicas han impulsado el retorno de la educación. Nuestras escuelas se abrieron para todos, ya fuera que hubiesen estado previamente en escuelas Católicas o no. Caridades Católicas a través del “Second Harvest Food Bank” fue responsable de la distribución de casi 40 millones de libras de alimentos para los necesitados en los primeros cuatro meses de recuperación. Ellos han establecido doce centros comunitarios estratégicamente localizados, para suplir a los más vulnerables con las necesidades básicas de supervivencia. Ellos han proveído limpieza voluntaria y limpieza de techos a más de 1,000 casas de gente pobre, han brindado cuidado básico de salud a más de 3,000 personas, y le han ayudado a más de 700,000 personas, facilitándoles el acceso a los servicios disponibles. Christopher Homes ha devuelto sus apartamentos a más de 1,300 ancianos. La Coalición de Vivienda de la Comunidad a reunido a expertos Anglos, Africanos, Latinos y Asiático-Americanos en el planeado desarrollo de una iniciativa de vivienda para 7,000 familias de ingresos mixtos, interraciales y multiétnicos.

La Necesidad de la Iglesia - y de Nosotros Como Miembros - Para Responder en este Siglo XXI

“Una vez ustedes sepan todas estas cosas, benditos sean ustedes si las ponen en práctica.” (Jn 13:17)

El plan de acción propuesto en esta carta pastoral diseña una estrategia para seguir adelante como Iglesia y como comunidad, después de Katrina. Es importante para nosotros tomar iniciativas concretas para terminar con los abusos o desventajas del pasado. Nosotros nunca deberíamos, por supuesto, promover que gente no cualificada asuma posiciones que no puedan manejar. Sin embargo, debemos expandir la red lo más ampliamente posible cuando estamos buscando a personas más cualificadas para guiar y servir. En compensación por el pasado es justo incrementar las oportunidades en el presente.

Es también importante, al seguir adelante, clarificar que el racismo no es lo mismo que el miedo, aunque el miedo puede alimentar al racismo. Como seres humanos, tenemos ansiedades naturales y algunas veces le tenemos miedo a gente de diferentes culturas o idiomas. Puede que tengamos miedo a la violencia. Puede que tengamos miedo a las pérdidas económicas. El miedo en sí mismo no es equivalente al racismo. La manera en que manejemos nuestros miedos puede, por supuesto, llevarnos a sobrepasarlos o a sucumbir a comportamientos que contribuyen a una desarmonía racial.

Uno de los fenómenos del pasado reciente que debemos mirar de una manera muy realista, es el significado del éxodo de los blancos del centro de las ciudades y la tolerancia de la pobreza, con resultados de escuelas, vivienda y cuidado de salud inferiores para aquéllos que son racial y culturalmente diferentes. Hoy, después de Katrina, los niños Afro-Americanos y sus padres parecen experimentar más dificultades en regresar al área de Nueva Orleans. También necesitamos reconocer que en las áreas rurales y los suburbios existen también tensiones étnicas y raciales. Algunas veces es muy difícil movilizarnos como Católicos a reconocer y responder a nuestra responsabilidad social de hablar sobre esta situación para estas familias y estos niños. Tenemos que tomar seriamente la necesidad de mejorar las escuelas, ofrecer salarios justos, proveer vivienda a costo razonable y acceso al

cuidado de salud. También necesitamos fomentar y buscar maneras de apoyar matrimonios responsables, buenos padres y una vida familiar saludable. La desarmonía racial puede reforzarse por la apatía humana.

Un nuevo reto para nosotros es la necesidad de una reforma en las leyes de inmigración. A la luz de los ataques del 11 de septiembre del 2001, nuestra nación le ha dado una alta prioridad a la seguridad nacional. Esto nos ha llevado a unas prácticas de inmigración que son inaceptables e inhumanas. Todo país tiene la responsabilidad de defender a sus ciudadanos, de proteger sus fronteras y de desarrollar un control responsable sobre la inmigración. Pero políticas que penalizan a refugiados legales o trabajadores que son necesarios en nuestro país, o que previenen la reunificación de esposos y de familias, no son responsables. No podemos tolerar una política estancada debido a propósitos partidistas. Necesitamos una revisión completa de nuestras leyes de inmigración.

Algunos sugerirían que es importante hablar de la desarmonía racial solamente por interés propio. En efecto, aquéllos que gozan de privilegios son tan impactados negativamente como aquéllos menos privilegiados. Pero, nuestra Iglesia tiene un llamado más alto. Tenemos el papel único de exponer la verdad. Trabajar por la armonía racial y cultural es un imperativo si vamos a vivir el mensaje del evangelio de Jesucristo (1 Jn 2:8-11).

Este también es un tiempo para que nosotros profundicemos en nuestra rica historia Judeo-Católica en esta Arquidiócesis y volvamos a comprometernos a resistir toda expresión anti-semita en nuestra comunidad. Aun más, nuestros esfuerzos para hablar sobre la justicia racial hoy en día, deben tener también un impacto significativo en la manera que nosotros, en este tiempo en que el terrorismo se ha incrementado, hablamos de prejuicios étnicos y religiosos en contra de los Musulmanes.

Arrepentimiento, Perdón y Sanación

*“Perdona nuestras ofensas como nosotros perdonamos a los que nos ofenden.”
(Mt 6:12)*

Quiero expresar disculpas por la manera en la que yo u otros miembros de la Iglesia hemos actuado o dejado de actuar. Quiero reconocer el pasado en la verdad, buscar el perdón y recomprometerme yo mismo y a nuestra Iglesia de Nueva Orleans a vivir el mensaje del evangelio en nuestras relaciones los unos con los otros.

El arrepentimiento es verdaderamente Cristiano sólo si hay una resolución de examinar nuestra conciencia y nuestro comportamiento, y entonces actuar diferente en el futuro. Obviamente, esto conlleva el compromiso de abstenernos de palabras y acciones que perpetúen la desarmonía. Esto incluye un compromiso de trabajar activamente para contrarrestar la desarmonía y el racismo dondequiera que existan.

Para que la armonía racial prevalezca, va ser importante también que aquellos que han experimentado ofensas personales o sistemáticas, pasen al perdón y a la sanación de memorias pasadas. Las ofensas engendran enojo. Lo realmente crítico es la manera en que nosotros manejamos el enojo. El Papa Juan Pablo II proveyó una rica enseñanza acerca de la gracia en personas que han sido victimizadas en el pasado y que han pasado del resentimiento a una manera madura de enumerar lo malo al perdonar eventualmente a aquéllos que los hirieron.¹⁴

Muchos de los recuerdos que nos motivan son subconscientes. Por consiguiente, es muy importante que nosotros los exterioricemos, los elevemos a Dios y que le pidamos su gracia sanadora. Cristo nos ha enseñado que la manera salvadora de pasar de víctimas a victoriosos es a través del perdón.

Yo voy a preparar una oportunidad pública en la Catedral de San Luis para ritualizar nuestro deseo de aceptar el llamado de Nuestro Señor de que seamos instrumentos de arrepentimiento, de reconciliación, de justicia, de perdón y de sanación. Algunos de nosotros necesitamos arrepentirnos porque no sabemos lo que hacemos. Algunos de nosotros necesitamos ofrecer

el perdón para ser liberados de algún resentimiento. Todos necesitamos abrazar el llamado de Cristo a ser hijos e hijas del Padre, hermanos y hermanas los unos con los otros.

Desde el comienzo del proceso de consulta en el desarrollo de esta carta pastoral, incidentes desafortunados en nuestra Arquidiócesis, tanto antes como después de Katrina, han

reforzado la realización que todavía tenemos mucho trabajo que hacer para establecer la armonía racial que Dios quiere que vivamos. Yo estoy esperando reunirme con otros líderes religiosos, líderes electos, y líderes civiles para hablar de cómo juntos podemos formar un solo cuerpo, un solo espíritu de esperanza en nuestra comunidad.

Cuando el Papa Juan Pablo II se reunió con los Católicos Afro-Americanos en la Universidad de Xavier en su visita de septiembre de 1987, declaró, “No hay Iglesia blanca. No hay Iglesia Negra. Hay solamente una Iglesia de Jesucristo.” Es importante para nosotros el poder decir: ¡Hay solamente una comunidad en nuestra Nueva Orleans!

Abrazando a Todos los Pueblos

Cuando los diques se rompieron, y el área metropolitana de Nueva Orleans sufrió devastadoras inundaciones, botes de toda clase se convirtieron en salvavidas para la gente que se encontraban atrapadas en sus

casas, iglesias o edificios públicos. En el Evangelio, los discípulos experimentaron en el Mar de Galilea una tormenta que amenazaba con sus vidas. Jesús permaneció dormido en la parte de atrás del bote. Los discípulos lo despertaron alarmados y con pánico. Jesús reprendió al viento y calmó las aguas: “¡Calma, tranquilícense!” Algunos Padres de la Iglesia y escritores espirituales han

especulado que el bote, probablemente el de

Simón Pedro, pudiese ser interpretado como un símbolo de la barca de San Pedro—la Iglesia. La tormenta es expresiva de la turbulencia en la vida de la Iglesia. El Cristo dormido nos recuerda que en tiempos de prueba pareciera que Dios está distante o durmiendo. Solamente después de que los vientos se tranquilizan y las aguas se calman, es que

reconocemos que Dios ha sido siempre fiel.

El pueblo de Dios frecuentemente se vuelca a la música en tiempo de turbulencia, para expresar lo que ha experimentado. Moisés lo hizo en el Mar Rojo. David lo hizo durante sus dificultades. El Señor lo hizo cuando Él y sus discípulos caminaban después de la Última Cena y se dirigían al Huerto de Getsemaní. Nueva Orleans es reconocida en el mundo por la música, especialmente el jazz. Un elemento significativo en la música es la armonía. La armonía presupone diferencia, ya que es posible solamente cuando diferentes notas suenan simultáneamente en una manera atractiva al oído. La armonía, por consiguiente, personifica una riqueza que es realizable solamente a través de la



expresión cooperativa de las diferencias. ¿No pudiera entonces la música de Nueva Orleans servir como un símbolo poderoso de belleza, que es posible solamente cuando se permite que la diversidad florezca en una comunidad que da la bienvenida, que valora, que alimenta, y que celebra los dones y diferencias de las gentes de todas las razas y de todos los orígenes étnicos? ¿Cuán maravilloso sería si todas las iglesias que una vez tuvieron áreas segregadas para el culto pudieran verdaderamente llegar a ser comunidades de fe, vibrantes, multi- raciales y multiculturales! Que gran gracia sería si pudiéramos encontrar mejores maneras de compartir y beneficiarnos de los ricos y variados regalos culturales, de las tradiciones y expresiones en la vida espiritual, litúrgica y pastoral.

Si como resultado de Katrina se nos permitiera ver el desarrollo de las escuelas públicas para que verdaderamente se instruya la mente y formen a los niños en virtud; si Katrina nos permitiera proveer cuidado de salud para todos nuestros ciudadanos incluyendo a los más vulnerables; si Katrina nos incitara a verdaderamente trabajar juntos para conseguir protección contra las inundaciones, mejor transporte público, un desarrollo económico y comunidades de vivienda que sean para ingresos mixtos, interracial y edificantes culturalmente; si Katrina abriera las puertas a más ciudadanos y oficiales públicos que verdaderamente quieran servir al bien común, entonces Dios nos habrá permitido transformar la tragedia en victoria.

Yo rezo para que podamos como una Iglesia y una comunidad llegar a ser un lugar de bienvenida a gente lingüística, racial y culturalmente diversa; un lugar de belleza, un lugar seguro, un lugar de paz, un lugar para el enriquecimiento y la renovación espiritual. ¡Dios, danos la gracia, la sabiduría, y la fortaleza de hacer realidad esta visión!

Plan de Acción Pastoral

Para asegurar que las enseñanzas de la Iglesia, contenidas en esta carta pastoral, impregnen aún más nuestro pensamiento y nuestras vidas, les presento el siguiente plan de acción para nuestra administración

Arquidiocesana, parroquias, escuelas y ministerios.

Compromisos de la Arquidiócesis

1. Que la Oficina de Liturgia de la Arquidiócesis en colaboración con la Oficina de Católicos Negros, el Apostolado Hispano, y el liderazgo Asiático, planeen un servicio activo para dedicarnos nosotros mismos a la formación de una nueva Nueva Orleans que verdaderamente le dé la bienvenida a todos como hermanos y hermanas.

2. Que la Oficina de Liturgia de la Arquidiócesis en colaboración con la Oficina de Católicos Negros, el Apostolado Hispano, y el liderazgo Asiático, promuevan liturgias en la Arquidiócesis, que reflejen los símbolos religiosos y culturales, música y herencia de nuestras muchas y diferentes gentes.

3. Que Caridades Católicas, en consulta con la Oficina de Formación Continua del Clero, la Oficina de Educación Religiosa, la Oficina de Católicos Negros, el Apostolado Hispano, y el liderazgo Asiático, identifiquen y desarrollen programas efectivos sobre educación racial y cultural para sacerdotes, diáconos, personal Arquidiocesano y parroquial, religiosos, maestros y catequistas.

4. Que el Consejo Administrativo Arquidiocesano, en consulta con la Oficina de Recursos Humanos, prepare un protocolo para reclutar personal para posiciones de liderazgo o administrativas, así como también a voluntarios para servir en consejos de consulta, para que la diversidad racial y cultural y los regalos de nuestra comunidad Católica puedan estar mejor representados.

5. Que la Oficina de Finanzas desarrolle una política Arquidiocesana que promueva una más efectiva consideración e incorporación de profesionales, contratistas y vendedores Negros, Hispanos, Asiáticos y Nativo- Americanos, especialmente en nuestro esfuerzo de reconstrucción.

6. Que todas las entidades Católicas se refrenen de tener reuniones o eventos en

clubes o en establecimientos que no estén abiertos a una diversa membresía racial y cultural.

7. Que la Oficina de Asuntos Ecuménicos y de Diferentes Religiones de la Arquidiócesis, en consulta con la Oficina de Católicos Negros, el Apostolado Hispano, y el liderazgo Asiático, desarrolle una iniciativa para promover un esfuerzo colaborador de congregaciones religiosas Cristianas y no-Cristianas para hablar de la discriminación racial y cultural.

8. Que el Arzobispo continúe sus esfuerzos de interceder ante el Congreso por unas reformas de inmigración más extensas que estén de acuerdo con los principios adoptados por los Obispos Católicos de los Estados Unidos en la carta pastoral, “Extranjeros No Más: Juntos en la Jornada por la Esperanza.”

9. Que el Arzobispo proponga iniciativas que promuevan salarios justos y prácticas justas de vivienda y de empleo ante la Conferencia Católica de Luisiana.

10. Que el Seminario de San Joseph y el Seminario de Notre Dame continúen mejorando sus esfuerzos en la preparación de seminaristas para el ministerio sacerdotal en una Iglesia multi-racial y multicultural. Los seminaristas de la Arquidiócesis de Nueva Orleans necesitan estudiar esta Carta Pastoral para participar en la implementación.

11. Que todas las entidades Arquidiocesanas revisen y refinan, si es necesario, las políticas y procedimientos para asegurar el respeto a nuestros feligreses, clientes, facultades, estudiantes y personal multicultural y multi-racial.

12. Que las parroquias, escuelas y Caridades Católicas hagan todo el esfuerzo posible para ayudar a gentes de diversas razas y culturas a que regresen a nuestra comunidad.

13. Que la recién formada Coalición de Vivienda Comunitaria, La Providencia, continúe colaborando con los esfuerzos de asistir en el desarrollo de vivienda para personas multi-razas y de ingresos mixtos en nuestra Arquidiócesis.

14. Que la Oficina de Vida Familiar de la Arquidiócesis desarrolle iniciativas para asistir en el fortalecimiento del matrimonio y de la familia entre los pobres.

15. Que un comité de implementación asista a las oficinas Arquidiocesanas en el desarrollo de vías efectivas para promover este mensaje pastoral y poder actuar en relación a este plan pastoral en las parroquias, escuelas, y ministerios.

Iniciativas para una Educación de Calidad

1. Que la Oficina de las Escuelas Católicas, la Oficina de Educación Religiosa y la Oficina de la Juventud de la Arquidiócesis, continúen sus esfuerzos para asegurar una educación de calidad y el acceso a asistencia financiera para nuestras escuelas, parroquias y programas juveniles, especialmente aquellos que ofrecen servicios a estudiantes racialmente y culturalmente diversos.

2. Que los párrocos y administradores de las Escuelas Católicas tomen la iniciativa de incrementar la diversidad en la facultad, promoviendo un intercambio apropiado de maestros invitados o conferencistas y la interacción estudiantil para ayudar a los jóvenes a experimentar la riqueza de nuestra herencia Católica multirracial.

3. Que el Superintendente de las Escuelas Católicas continúe trabajando muy de cerca con el Director Ejecutivo de la Conferencia Católica de Luisiana, oficiales del estado y de la ciudad para encontrar maneras más efectivas para que ofrezcan a todos los niños una educación de calidad, incluyendo la vindicación de esfuerzos que promuevan que los padres puedan escoger la educación de sus hijos.

4. Que el Superintendente de las Escuelas Arquidiocesanas, el Oficial Supremo de Finanzas y el Director de la Oficina de Desarrollo de la Arquidiócesis trabajen juntos para asegurar que hay suficiente capital disponible en este periodo después de Katrina para enfrentar ambas necesidades: mayor capital en los esfuerzos de reconstrucción y salarios justos en las escuelas que dependen grandemente del apoyo de la Arquidiócesis.

5. Que la Oficina Arquidiocesana de las Escuelas continúe explorando maneras de motivar a los adultos a servir como tutores o mentores en relación a los estudiantes menos privilegiados y en peligro.

Recomendaciones para las Parroquias

1. Que los párrocos y el personal pastoral participen en los talleres y programas de sensibilidad racial y cultural de la Arquidiócesis, para poder incorporar dentro de la vida parroquial y ministerial, iniciativas que promuevan una armonía racial.

2. Que las parroquias (que todavía no se han comprometido) consideren unirse a programas similares de otras parroquias con diferentes antecedentes raciales y culturales para poder promover la recuperación después de Katrina, una colaboración inter-parroquial incluyendo intercambio de coros, grupos de oración, servicios y proyectos de justicia social.

3. Que las parroquias exploren maneras efectivas para asegurar una hospitalidad que le da la bienvenida a aquellos que son racialmente y culturalmente diferentes.

4. Que las parroquias regularmente ofrezcan oraciones por una armonía racial considerando invocar a santos tales como San Martín de Porres, Santa Katerina Drexel, Santa Josefina Bakhita, San Pedro Claver, San Pablo Miki, los Mártires Vietnamitas, la Beata Kateri Tekakwitha, y San Juan Diego.

5. Que las parroquias asistan en identificar y nutrir vocaciones al sacerdocio, diaconado

y la vida religiosa entre Afro-Americanos, Hispanos, Asiáticos y Nativos Americanos.

6. Que las parroquias busquen maneras para colaborar con grupos cívicos y de diferentes denominaciones para promover una justicia social y racial.

7. Que la Arquidiócesis continúe con sus esfuerzos para proveer apropiadamente las necesidades culturales y raciales en las futuras decisiones de reapertura de iglesias parroquiales y escuelas.

Recomendaciones para Todos los Católicos

1. Que cada uno de nosotros pondere las implicaciones de esta enseñanza y entre a una conversión que Dios nos llama a experimentar.

2. Que nosotros confrontemos y rechacemos cualquier tipo de estereotipo, comentario y prejuicio racial.

3. Que consideremos invitar a otras personas de otras razas y culturas a nuestras reuniones y casas.

4. Que participemos en los esfuerzos de la Arquidiócesis y de la parroquia para promover una justicia social y racial, incluyendo salarios justos, vivienda y empleo.

5. Que nos abstengamos de hacernos miembros de clubes u organizaciones que no estén abiertos a una membresía racial y culturalmente diversa, o que activamente invitamos a huéspedes y los propongamos como miembros a aquellos que están actualmente excluidos.

6. Que votemos por oficiales públicos que estén comprometidos a la vida humana,



dignidad humana y una sistemática justicia racial y cultural.

7. Que apoyemos las iniciativas basadas en la Iglesia y la comunidad y nos esforcemos en corregir injusticias discriminatorias para poder habilitar y levantar al pobre.

Conclusión

Nuestro Santo Padre, en su encíclica “Dios Es Amor,” ha expresado la verdadera motivación Cristiana para actuar promoviendo la armonía racial. “Amar al prójimo se demuestra que es posible en el camino proclamado por Jesús en la Biblia. Consiste en el mero hecho de que en Dios y con Dios yo amo aún aquella persona que no me gusta o a quien aún no conozco. Esto solamente puede tener lugar en las bases de un íntimo encuentro con Dios, un encuentro que ha llegado a ser una comunión de la voluntad, afectando inclusive mis sentimientos. Entonces aprendo a mirar en estas personas no simplemente con mis ojos y mis sentimientos, pero desde una perspectiva de Jesucristo. Su amigo es mi amigo...”

“Pero si en mi vida yo fracaso completamente en escuchar a otros, solamente por un deseo de ser ‘devoto’ y de realizar mis ‘deberes religiosos’, entonces mi relación con Dios también crecerá árida. Llegará a ser meramente ‘apropiada’, pero sin amor. Solamente mi disposición de encontrar a mi prójimo y mostrarle amor, me hace sensible a Dios también... el Amor a Dios y el amor al prójimo por consiguiente son inseparables, forman un solo mandamiento. Ambos se nutren del amor a Dios que nos ha amado primero. No se trata entonces de un ‘mandamiento’ impuesto desde fuera que me llama a lo imposible, pero más bien de una experiencia de amor desde adentro libremente dada, un amor el cual por su pura naturaleza debe entonces compartirse con otros. El amor crece a través del amor. El amor es ‘divino’ porque viene de Dios y nos une a Dios; este proceso unificador nos hace un ‘nosotros’ que trasciende nuestras divisiones y nos hace uno, hasta que al final Dios será ‘todo en todos’” (1 Cor 15:28).

Published by the Clarion Herald
December 16, 2006

Notas

- 1 “Constitución Pastoral de la Iglesia en el Mundo Moderno,” Concilio Vaticano II, 29, 2 (cfr. Catecismo de La Iglesia Católica, n. 1935).
- 2 Catecismo de la Iglesia Católica, n. 871.
- 3 Constitución Dogmática en la Iglesia, Concilio Vaticano II, n. 1.
- 4 El Obispo Joseph Francis es hijo nativo de Lafayette, Luisiana. Sus hermanos, Dr. Norman Francis, continúa sirviendo como presidente de la Universidad de Xavier.
- 5 Hermanos y Hermanas para Nosotros, n. 3.
- 6 La Iglesia y el Racismo, Comisión Pontificia sobre la Justicia y la Paz, 1988, n. 33.
- 7 El Catecismo de la Iglesia Católica, n. 1935 y El Compendio de la Doctrina Social de la Iglesia, n. 144 y n. 557.
- 8 Armonía Racial, n. 1.
- 9 El Presidente Lincoln publicó la declaración el 22 de septiembre de 1862, con fecha efectiva del 1º de enero de 1863.
- 10 Hermanos y Hermanas para Nosotros, n. 1 y n. 6.
- 11 En una pastoral publicada por el Comité de Obispos de los Estados Unidos referente a los Católicos Negros durante el aniversario del documento Hermanos y Hermanas para Nosotros, los obispos escribieron: “La realidad del racismo afronta (vis-a-vis) consideraciones teológicas en lo que se refiere a la materia en sí, y forzosamente reta nuestras conciencias. A pesar de todo lo que se ha dicho y escrito acerca del racismo en los últimos veinte años, muy poco, si acaso nada, se ha hecho con la educación Católica; hoy en día nos encontramos de la misma manera como ayer. La gente buena reaccionará positivamente si se dan cuenta que la libertad de las víctimas del racismo es también un tratado al derecho a la vida. El racismo es clave en impedir ‘la evangelización’ dentro de la comunidad Afro-Americana.
- 12 El Dr. Charles Nolan, encargado de los Archivos Arquidiocesanos, proveyó esta información del libro de registro de los sacramentos de la Catedral de San Luis.
- 13 Cfr. Cyprian Davis, OSB, Henriette Delille: Servidora de los Esclavos: Testimonio de los Pobres, para leer la biografía de esta impresionante mujer.
- 14 Cfr. Juan Pablo II, Rico en Misericordia, 1980, n. 13 y n. 14 y en muchas homilias.